

Los estudios del comportamiento electoral en Bolivia

Carlos Ernesto Ichuta Nina*

Resumen

Este trabajo plantea que los estudios del comportamiento electoral en Bolivia se encuentran relativamente rezagados, debido a una falta de conocimiento u omisión de las clásicas teorías del comportamiento electoral, la hegemonía establecida en ese campo de análisis por una tradición de estudios de geografía y ecología electoral; y la existencia de un tipo de análisis en el cual el voto es abordado a partir de macro-teorías.

Palabras clave: estudios electorales, estudios del comportamiento electoral, Bolivia.

Introducción

Tras un periodo de inestabilidad política y una seguidilla de gobiernos dictatoriales, Bolivia regresó a la vida democrática en 1982. Desde entonces el país ha vivido un inusual periodo de continuidad democrática, basada en la celebración de elecciones a intervalos regulares de tiempo. De hecho, los momentos de mayor convulsión social que derivaron en procesos de crisis política, fueron solucionados a través de la reducción de los periodos de mandato y la convocatoria a elecciones, convirtiendo al mecanismo electoral en una verdadera llave maestra de la continuidad la forma democrática de gobierno.

Los estudios electorales han logrado desarrollarse en función de ese ritmo político, aunque cubriendo una serie de aspectos que no suelen ajustarse necesariamente a la forma en la cual se desarrollan los estudios electorales en otras latitudes. Por ejemplo, los análisis del sistema electoral no han tendido a desarrollar específicamente una tradición de análisis enfocada en las consecuencias políticas de los sistemas electorales; los estudios que ponen atención en las reformas electorales, tampoco han logrado producir un campo sistemático de análisis; los estudios que analizan la competencia partidaria se encuentran en ciernes, así como aquellos estudios que tienden a analizar la calidad de los comicios. Los estudios referidos a la conformación del poder tienen también sus particularidades puesto que aparecen en la medida en que suceden elecciones críticas; los estudios que analizan la

* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor de Tiempo Completo de la Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Azcapotzalco. Email: carlosernesto75@hotmail.com

participación electoral también constituyen un campo de análisis en ciernes. Pero aquellos estudios que atienden las campañas políticas constituye quizá uno de los campos de análisis electoral más longevos, aunque dependientes de determinadas figuras intelectuales; los estudios que abordan la actuación de los organismos electorales son quizá ausentes, así como los estudios que se enfocan en el análisis de las elecciones locales. Aquellos estudios de reciente aparición en el mundo y que buscan determinar la influencia de las redes sociales en la participación electoral, son completamente ausentes, aunque en lugar de ello se ha logrado desarrollar un campo de tratamiento y sistematización de datos electorales que cubren largas series de tiempo. En suma, los estudios electorales se han desarrollado de manera dispersa y sobre todo en formas poco convencionales, aunque no pausada.

Entre todos ellos también destacan los estudios del comportamiento electoral que aparentemente constituyen un campo de análisis especializado. Sin embargo, dichos estudios no se encuentran plenamente desarrollados, lo que representa una ironía, considerando los más de 30 años de continuidad democrática que viene viviendo el país.

Sobre la base de la revisión de los estudios que tienden a analizar el comportamiento electoral de los bolivianos, en este trabajo constatamos que dichos estudios se encontrarían rezagados, debido a una falta de conocimiento u omisión de las clásicas teorías del comportamiento electoral, la hegemonía establecida en ese campo de análisis por una tradición de estudios de geografía y ecología electoral; y la existencia de un tipo de análisis en el cual el voto es abordado a partir de macro-teorías.

Por tanto, metodológicamente este trabajo depende del análisis de contenido; sin embargo, no cuantificamos nuestros hallazgos, debido al reducido número de estudios existentes. Más bien describimos la producción académica, en un sentido esencialmente cualitativo. No obstante, esta contribución debe ser considerada provisional.

El trabajo se divide en tres partes. En la primera parte presentamos las clásicas teorías del comportamiento electoral producidas en Francia y Estados Unidos. En la segunda parte procedemos a la revisión de los estudios del comportamiento electoral en Bolivia, identificando algunas de sus particularidades. Cerramos el trabajo con conclusiones,

ensayando una reflexión acerca de las posibles causas que explicarían el rezago de los estudios del comportamiento electoral, aunque ese no haya sido nuestro objetivo.

Teorías del comportamiento electoral

El comportamiento electoral refiere, en primer lugar, el proceso de formación de las preferencias políticas de los individuos o de los grupos sociales; en segundo lugar, la expresión de esas preferencias a través del voto; ambas dimensiones definidas por las alternativas políticas existentes (Peterson, 1990).

Tomando en cuenta esa precisión, el análisis del comportamiento electoral procedió de dos formas: tomando como unidad de análisis al agregado social o tomando como unidad de análisis al individuo. Los estudios que toman los agregados como unidad de análisis suelen relacionar las características sociodemográficas del área de estudio, sobre la base de datos censales, con la distribución geográfica del voto, para dar cuenta del comportamiento del agregado (Medus, 2005; Molinar, 1990; Perrinau, 1996; Sonnleitner, 2007). En cambio, los estudios que toman como unidad de análisis al individuo, recurren a encuestas, sondeos de opinión y estudios panel para dar cuenta de las causas del voto por una opción política, mediante la correlación de variables (Fiorina, 1997; Leighley, 2010; Sonnleitner, 2007)¹.

Esa diferente forma de abordar el estudio del comportamiento electoral no obedece sin embargo a una simple cuestión de enfoque, sino que deriva de un largo e intenso debate que se produjo a inicios del Siglo XX por influencia de importantes hechos científicos y políticos, como el surgimiento del conductismo que frente a las explicaciones dependientes de teorías generales exigía el estudio de la conducta del individuo; el neopositivismo, que exigía la explicación de los hechos con base en criterios verificables y/o falsables; y el voto secreto que obligó a los estudiosos a innovar procedimientos más adecuados para el análisis de la conducta del votante, gracias a lo cual surgió la teoría de las muestras estadísticas y la técnica de la encuesta (Fiorina, 1997; González y Darías, 1998).

¹ La razón de esta distinción obedece también a un defecto metodológico pues los estudios por agregados tienden a incurrir en las llamadas “falacias ecológicas” que consiste en el error estadístico de inferir características de un individuo a partir de las características del agregado (Emmerich, 1993; Good y Hardyn, 2009: 201-208). En cambio, los estudios que toman como unidad de análisis al individuo tienden a incurrir en el llamado “reduccionismo probabilístico” que consiste en inferir el comportamiento de otro votante a partir de la relación válida entre variables para un votante (Babbie, 2010: 104-106; Good y Hardyn, 2009: 201-208).

Sin embargo, en su propósito de dar cuenta de manera más o menos exacta de las causas de las votaciones, los estudiosos del comportamiento electoral fueron generando teorías con diferente valor epistemológico y heurístico.

Los primeros estudios surgieron en Francia, desde la matriz de la teoría de la geografía humana. Bajo el supuesto de que los individuos eran determinados por su medio geográfico, la geografía política aplicó ese principio a sus preocupaciones acerca del comportamiento político de los ciudadanos, dando origen a la geografía electoral (Balderas, 2012; Lagroye, 1990; Leib y Quinton, 2016b).

El pionero de esos estudios fue André Siegfried. En 1913, mediante mapas de información geológica y socioeconómica del oeste de Francia y de la distribución de los resultados electorales, este autor explicó lo que a su juicio eran las causas de las votaciones (Balderas, 2012; Medus, 2005: 20-25). El carácter estadístico-descriptivo de dicho estudio permitió el desarrollo de toda una tradición de análisis no solamente en Francia, sino también en Gran Bretaña y Estados Unidos, en donde el modelo original fue replicado y también mejorado a través de la consideración de diferentes técnicas geográficas (Eldersveld, 1951; Fiorina, 1997: 391; Gunther et al., 2007; Lagroye, 1990; Leib y Quinton, 2016b; Perrinau, 1996).

Sin embargo, al ser visto el votante como parte de un agregado y al ser atribuida su conducta a la tendencia expresada por éste, los estudios de geografía electoral no podían explicar por qué los votantes de una región votaban de un modo similar y distinto, a la vez (Bevir, 2008; Fiorina, 1997: 391-392; Knight y Marsch, 2002). Tal cuestionamiento obligó a los estudiosos a revisar sus postulados teóricos. Estos fueron puestos en entredicho, pero no así el método. De hecho, el valor heurístico de esos estudios fue ampliamente reconocido y constituyó el fundamento de la renovación de los estudios de geografía electoral, muchas décadas después.

Por tanto, los estudios de geografía electoral experimentaron una severa crisis; sin embargo, la contradicción que dejaron ver entre la conducta del individuo y del agregado social determinó que otros estudios analizaran individualmente al votante.

Quienes se enfocaron inicialmente en ese propósito fueron un grupo de estudiosos pertenecientes a la Universidad de Columbia. Preocupados por dilucidar los efectos de la propaganda política sobre la conducta del votante, estos descubrieron que ese factor incidía muy poco sobre dicha conducta, a diferencia de la gran influencia que llegaban a tener los tradicionales clivajes sociológicos, principalmente la raza, la ocupación, la religión y la clase social (Berelson et al., 1986; Fiorina, 1997: 393; Lazarsfeld et al., 1960).

Tal hallazgo dio origen a la llamada teoría sociológica del voto que planteaba que el votante actuaba políticamente como era socialmente. Y aunque eventualmente las variables sociológicas pueden tener un bajo nivel de significación, cuando explican la variación en el voto, el planteamiento adquiere vitalidad (Mohd Noor et al., 2016; Ekehammar et al., 1989; González y Darias, 1998; Glenn, 1973; Maggini, 2017).

Sin embargo, en su momento la teoría sociológica del voto fue acusada de asumir simples determinismos sociales, especialmente cuando el comportamiento del votante era invariable en el tiempo e inconsistente con las condiciones del entorno.

Quienes encabezaron esa crítica fueron un grupo de estudiosos de la Universidad de Michigan. Estos planteaban que si bien algunas variables sociales estaban relacionadas con las preferencias de los votantes, esa relación estaba mediada por sus creencias y sensaciones acerca de los partidos y los asuntos políticos; pero esas creencias y sensaciones nunca eran neutrales, ya que en el sistema de creencias del votante la identificación partidaria aparecía cultivada como una raíz, desde niño, como si se tratara de una afiliación religiosa (Campbell et al., 1965; Campbell et al., 1954; Fiorina, 1997: 394; Miller y Shanks, 1996; Visser, 1994).

Tal planteamiento dio origen a la teoría psicológica del voto que llegó a impactar notablemente en el ámbito de la ciencia política, debido a la fuerza explicativa de la identificación partidaria. Sin embargo, cuando el voto leal empezó a declinar, la teoría entró en crisis y ello urgió a los estudiosos a revisarla. Estos rescataron así planteamientos antes pasados por alto. Uno de esos planteamientos fundamentales consistía en considerar al voto como el último acto de un conjunto de influencias de corto y largo plazo que constituían en sí, un embudo de la causalidad en el cual jugaban un rol fundamental los impulsos y las

orientaciones positivas y negativas de los votantes hacia diferentes elementos políticos, como los líderes políticos, los partidos, las acciones políticas y la ideología (Converse, 1976; Declercq et al., 1975; González y Darías, 1998; Harder y Krosnick, 2008; Lewis-Beck et al., 2008).

Pero en su momento, para los críticos de la teoría psicológica del voto sus planteamientos originales no eran claramente políticos y parecían definir al votante como un individuo irracional. Esto porque la identificación partidaria suponía la estabilidad glacial del voto; en consecuencia, si el votante cambiaba de preferencias la teoría se veía en graves problemas. Estas críticas provinieron del movimiento de la elección racional, para cuyos exponentes los postulados de la teoría psicológica no estaban sustentados en datos empíricos y derivaban de la simple inferencia y la evidencia indirecta (Curtice, 2002; Fiorina, 1997: 396; Riker, 1997).

El enfoque de la elección racional planteaba, por el contrario, que todo lo que estaba fuera de la cabeza del votante, como los conflictos ideológicos y el debate en torno a diferentes asuntos políticos eran fundamentales para la definición de sus preferencias. Porque esos aspectos constituyen una especie de mercado político en el cual las ofertas de los partidos serían evaluadas por el votante en función de sus propias demandas. Por tanto, el votante basaría su elección en un cálculo costo-beneficio, según el cual, y bajo el principio de maximización de utilidades, elegiría la opción que a su juicio le proporcionaría los mayores beneficios posibles (Aldrich, 1993; Downs, 1957; Fiorina, 1978; McKelvey y Ordeshook, 1986; Riker, 1997).

Sobre la base de ese planteamiento surgió la teoría racional del voto que se convirtió en la impulsora de una inmensidad de estudios que encontraron sentido en la volatilidad electoral y el cambio de preferencias del votante. Pero en ese proceso el planteamiento original fue remozado de diferentes maneras y una de las más importantes contribuciones a la idea del votante racional consistió en definir que las evaluaciones del votante ocurrían sobre la base de la consideración de su situación personal y social que suponía ponderar la utilidad recibida o la utilidad esperada del gobierno en una situación temporal determinada; en ese sentido, los estudiosos llegaron a distinguir la evaluación retrospectiva del votante, que ocurriría según un cálculo de la utilidad recibida del gobierno, de la evaluación prospectiva

que ocurriría según el cálculo de la utilidad esperada del próximo gobierno (Fiorina, 1997, 1978).

Tal fue el impacto de la teoría racional del voto que en la Universidad de Virginia se desarrolló sobre ella la Teoría de la Elección Pública; sin embargo, en ésta el postulado racional del voto fue revisitado y la explicación del comportamiento electoral pasó a depender de refinados modelos experimentales y probabilísticos (Box-Steffensmeier et al., 2008; Hedström, 2008; Morton y Williams, 2008).

Pero tal dependencia alcanzó también a quienes buscaron revitalizar la geografía electoral, aunque en su afán de explicar el comportamiento en el voto y dejar de describirlo pasaron a adaptar otro tipo de nociones como la del “espacio social” (Balderas, 2012; Castro, 1998; Leib y Quinton, 2016b; Palma, 2010; Warf y Leib, 2016). A partir de ello, los estudios de la vieja tradición geográfico electoral son reducidos a simples ejercicios ecológicos y cartográficos; en cambio, en nombre de la necesidad de teorización, los nuevos estudios de geografía electoral parecen reclamar para sí el enfoque, incluso a costa de no tener ya la dimensión de los viejos estudios, hechos que los tradicionalistas cuestionan duramente (Johnston et al., 2005; Leib y Quinton, 2016a; Leib y Quinton, 2016b; Medus, 2005: 21).

En cambio, las teorías sociológica, psicológica y racional del voto nacieron en ámbitos sustancialmente distintos y con pretensiones universalistas. No obstante, en el ámbito de la Teoría de la Elección Pública las variables sociológicas, psicológicas y racionales tienden a ser consideradas por igual y discriminadas según su grado de significación, por lo que los estudios producidos en ese ámbito llegan a ser eclécticamente teóricos. Pero esto en formas sumamente complejas e inasibles para un lego sin conocimientos de estadística.

A pesar de ello, los estudiosos del comportamiento electoral tienden a posicionarse en el ámbito de un determinado planteamiento teórico, aportando así al desarrollo de tradiciones analíticas incluso en contextos ajenos al europeo y norteamericano.

Los estudios del comportamiento electoral en Bolivia

Dichas teorías no se han propagado necesariamente en la misma dimensión ni con la misma fuerza en los contextos ajenos al norteamericano. Su influencia ha sido más bien dispar en

América Latina, siendo los casos mexicano y brasilero los más destacables. En cambio, en otros contextos dichas teorías llegaron a ser adoptadas de manera selectiva y su adecuación en la explicación del comportamiento electoral ha sido también ocasional, aunque en los casos señalados dichas teorías llegaron a reproducir las viejas tradiciones de análisis.

En Bolivia, la teoría del comportamiento electoral que tuvo una fuerte influencia fue la geografía electoral y no así las teorías norteamericanas, por lo que aquella determinó el desarrollo de la disciplina en el país.

Falta de conocimiento u omisión de las clásicas teorías del comportamiento electoral

Precisamente, en la revisión de los estudios que llevamos a cabo, los únicos autores que recurrentemente aparecen en la referencia teórica de los mismos, son los autores franceses pioneros de los estudios de geografía electoral.

Si por ejemplo consideramos que las tesis de grado constituyen una especie de evidencia del estado de una disciplina o de la forma en la cual vienen trabajando los científicos en la aplicación y generación de conocimiento, entonces podemos deducir que la ausencia de trabajos referidos al análisis del comportamiento electoral es reflejo de la falta de cultivo de esta línea de investigación y por ende de preocupación por el tema. Esa es precisamente la situación en la cual se encuentra el conocimiento de las clásicas teorías del comportamiento electoral, especialmente las teorías norteamericanas.

Ese defecto es evidente no solamente en los trabajos de análisis e investigación, sino también en los trabajos de tesis que tratan de acercarse al análisis del comportamiento electoral. Incluso trabajos que llevan este ribete no cuentan en su apartado teórico, con una sección referida a las teorías del comportamiento electoral de origen norteamericano.

No obstante, en los primeros años de redemocratización aparecieron algunos estudios basados en el modelo sociológico del voto, aunque los mismos no declararan su relación con los mismos. En esos estudios las variables sociológicas como la ocupación, la escolaridad, la edad, el género, el ingreso, son factores que influirían directamente en las preferencias de los electores. De hecho, la utilización del modelo sociológico permitió ver un hecho importante en el comportamiento de los electores, sobretodo en el ámbito

municipal, donde habría electores con una notable sensibilidad hacia la efectividad política y los atributos del candidato; teniendo una idea de lo que debe hacer un alcalde, en tanto proveedor de servicios básicos, política pública u obras de infraestructura, la polarización de estos votantes se basaría más en las “obras” que podría realizar un personaje, en su preocupación por los pobres, que en los programas planteados por cada partido (Hoffman 1988, 1989). Pero como dijimos, estos estudios no se declaran abiertamente influidos por la teoría sociológica del voto, por su forma muy particular según la cual en el voto no sólo influirían variables sociológicas, sino también juicios racionales, por lo menos en el caso de los estudios de Hoffman.

Por su parte, el modelo psicológico del voto es completamente omitido en el análisis del comportamiento electoral de los bolivianos y es posible que ello sea así porque: a) pronto, la escuela psicológica del voto se vio desplazada por el surgimiento del modelo racional del voto; b) en contextos como el boliviano donde la crisis de representación de los partidos políticos está asociada con una desconfianza hacia los partidos, la identificación partidaria también puede considerarse relacionada con esos hechos; c) en Bolivia los sistemas multipartidistas alentaron más la personalización de la política y la deslealtad partidaria; y e) el sistema de partidos estuvo casi siempre deslegitimados.

Sin embargo, si bien en otros contextos esos mismos argumentos favorecieron el desarrollo de la teoría racional del voto, en la explicación del comportamiento electoral de los bolivianos esta teoría se encuentra prácticamente ausente, pues no se encuentra referencia alguna de ella, aunque eso no significa que los juicios racionales sean considerados un factor explicativo del voto. Por ejemplo, la atribución del voto de los pobres hacia Evo Morales, porque en el momento de crisis que vivía el país suponía la opción más viable para el cumplimiento de las agendas de los movimientos sociales, supone un cálculo racional per se, aunque las explicaciones en ese sentido se concentran en aspectos tales como la identidad, la pertenencia de clase, el origen social, etc.

En suma, las teorías del comportamiento electoral de origen norteamericano son escasamente abrazadas y prácticamente omitidas en la producción de conocimiento acerca del comportamiento electoral de los bolivianos. Ese no es el caso, sin embargo, de los trabajos que versan sobre geografía electoral, pues en ellos la especificación de los aportes

teóricos franceses es indudable, aunque no al grado de la evolución en dirección de la teoría del espacio social.

La hegemonía de los estudios de geografía y ecología electoral

En la medida en que la escuela de la geografía humana considera que un agregado que vive bajo determinadas condiciones, comparte registros históricos, tiene características sociales cercanas, vota por opciones políticas coincidentes con esas características, según lo cual hay una explicación ecológica del voto, o correlaciones positivas cuya variación es atribuida a condiciones sociales cambiantes o a particularidades del contexto, el enfoque ha tenido mucho éxito en explicar la debilidad o la fortaleza electoral de las opciones políticas, los bastiones del voto duro, el realineamiento electoral, etc.

Precisamente, ese ha sido el impacto que ha logrado la teoría de la geografía humana en la explicación del comportamiento electoral de los bolivianos, la cual ha permitido analizar el voto como un todo (Romero et al., 2000). No obstante, ello siguiendo algunos patrones de análisis que establecen que analizando el voto por agregados tiende a identificarse una cierta estabilidad en el tiempo, estableciéndose que en las regiones ricas los electores suelen votar por partidos conservadores, y las pobres por opciones alternativas (Romero, 2003). Tal geografía del voto no se modifica incluso con el proceso de continua democratización, aunque en la última década el voto por opciones alternativas se tornó progresista y las cuestiones locales o los aspectos coyunturales fueron determinando el cambio en el mapa electoral (Romero y otros, 2000: 104-115; Romero, 2006). En el nivel local también se produce esa relación, pues los barrios con estratos sociales bajos votarían tradicionalmente por opciones populistas o de “izquierda”, y los barrios con estratos sociales acomodados muestran tenderían a votar por opciones conservadoras, lo que haría de las grandes ciudades emisoras de un voto dividido (Romero, 1998; Romero et al., 2000).

En esos estudios la correlación de datos estadísticos con la distribución del voto permite la definición de agregados portadores de tradiciones partidarias que resisten, incluso, a las modificaciones estructurales del país (Romero, 1998: 310). Los cambios pueden ser explicados por las contradicciones generadas por los procesos de modernización, por la presencia de elecciones críticas, o podrían ser leídos por el sentido de la coyuntura política.

Incluso de ello se podrían derivar deducciones, en el sentido de que las clases medias y altas, por ejemplo, no cambiarían su voto por agrupaciones políticas populistas o alternativas, puesto que ello constituiría un anti-valor político (Romero, 2001, 2003).

Así, como pasa a nivel internacional, el problema de los estudios de geografía electoral es el de las llamadas falacias ecológicas, según el cual si un agregado ubicado en el nivel de los estratos bajos votó por un partido de izquierda, eso no quiere decir que a nivel individual un individuo se haya comportado de ese modo. El elector es definido como parte de un agregado, tiene un lugar en la estructura social pero se caracterizaría también por distintas condiciones individuales.

Por tanto, la mayor limitación de los estudios de geografía electoral ha consistido en no poder dar cuenta de por qué Bolivia, siendo un país con elevados niveles de pobreza y abismales diferencias sociales, ha sido gobernado por veinte años, por opciones neoliberales, pues en este argumento la correspondencia de la preferencia electoral con las características de los agregados parecen entrar en contradicción.

No sólo eso, pues en el campo de conocimiento del comportamiento electoral, ha venido operando una especie de monopolio analítico dependiente de una figura intelectual, pues el productor de los estudios de geografía electoral ha sido y es Salvador Romero, después del cual el análisis del comportamiento electoral parece no tener referente. De hecho, sobre la base de sus exitosos análisis, Romero fue capaz de proponer la generación de un conocimiento acerca de la geografía electoral latinoamericana, con la propuesta de constitución de un atlas electoral. Pero más allá de ello, el monopolio explicativo sentado por Romero, a pesar suyo, ha venido impidiendo el surgimiento de otros tipos de análisis.

El análisis del voto a partir de macro-teorías

Los estudios electorales bolivianos o los que incluso se declaran así mismos como estudios del comportamiento electoral, adolecen además de una gran deficiencia. Debido al monopolio de los estudios de geografía electoral, los grandes asuntos políticos de las décadas de los años 80 y 90, como la ampliación del voto a mayores de 18 años, la privatización (“capitalización”) de las empresas del Estado, los continuos programas de

reforma política y social, etc., son pasados por alto. Algunos estudios, con menos pretensión, siguen la clásica línea de investigación iniciada por Romero (Carvajal, 1998; MINISTERIO DE LA PRESIDENCIA, 1997), o corroborando los esquemas del modelo sociológico en estudios muy particulares, como los estudios de Peñaranda y Chávez (1992, 1995) que encuentran que los electores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), son los pobres, desocupados, trabajadores por cuenta propia, asalariados, etc., según lo que se puede deducir que los electores de derecha pertenecerían a estratos altos y los partidos de centro se apoyarían en población menos dispuesta a participar electoralmente o sin filiación partidaria.

Pero no son pasados por alto ciertos fenómenos políticos que fueron determinando en el curso político del país. Hechos políticos en los cuales el voto aparece como un asunto de referencia fundamental, pero no por ello hacen de esos estudios análisis del comportamiento electoral, pues la preocupación de esos estudios por los temas nodales del país abordan el todo de la política sin establecer como punto de atención, el comportamiento electoral. Tales hechos tienen que ver con ejemplo con la aparición de Conciencia de Patria (Condepa) y Unidad Cívica Solidaridad (UCS), cuyos líderes populistas habrían revolucionado el sistema de partidos, los cuales no son analizados electoralmente, sino desde una óptica sociológica (Saravia y Sandoval, 1991; Archondo, 1991) o politológica (San Martín, 1991; Mayorga, 1991).

En esos estudios no hay perfiles de votantes, sino “masas desposeídas”, “migrantes”, “marginados” representados por *outsiders* de la política. Un intento por explicar este tema fue hecho por Alenda (2002), quien se pregunta hacia dónde irían los electores que votaban por esos partidos, en la elección del 2002, una vez que dejaron de ser fuerzas políticas avasallantes a partir de la muerte de sus líderes carismáticos en 1997; la autora responde que esa muerte significó la desaparición de un tipo de discurso subversivo y de un liderazgo carismático, pero no la muerte del populismo, por lo que esos votantes serían redimidos en el 2002 por otras opciones carismáticas y populistas, aunque éste trabajo es menos de análisis de comportamiento electoral. Otro tipo de estudios de los que marginalmente hay preocupación electoral es el de la “clase social” campesina, la que tendería a mostrar tendencias contradictorias, debido a la ausencia de alternativas realmente representativas

hasta 1993 (Hurtado, 1995). Otros trabajos dentro de esta línea, poco nos dicen respecto al votante campesino pues no son estudios propiamente electorales (Ticona et al., 1995).

Los estudios que aparecen con la elección de 1997, fomentados por la Fundación Boliviana Para la Capacitación Democrática y la Investigación (FUNDEMOS, 1997), tienen escasos hallazgos novedosos. Para las elecciones del 2002, los estudios de geografía electoral persisten, sin ofrecer novedades sobresalientes (Romero, 2002) o, muy al estilo de esta tradición, cuando encuentran agrupaciones políticas “nuevas” con resultados electorales altos los entienden como “sorpresas electorales”, como ocurrió con las votaciones obtenidas por el Movimiento al Socialismo (MAS), Nueva Fuerza Republicana (NFR) y el Movimiento Indígena Pachakuti (MIP), en el 2002, habiéndose sobrepuesto a otras agrupaciones políticas nuevas cuyo prometedor perfil pre-electoral contradujo un pobre resultado final (Zegada, 2002). Otros estudios que salen de ese patrón, intentan observar el aparente efecto de las encuestas en el voto, relacionando los resultados finales con los pronósticos electorales (Galvez, 2002).

Como ese último, existen una variedad de estudios difíciles de clasificar, pues no siguen un enfoque claramente teórico o se parecen más a meros reportes electorales (Börth y Chávez, 2002). Pero en general, los estudios bolivianos son predominantemente descriptivos y se estancan en un enfoque sociológico que es escasamente desarrollado; ello independientemente del monopolio explicativo de Romero.

Pero en suma, en los estudios que acabamos de hacer mención, el voto suele ser explicado a partir de macro teorías o de viejas teorías generalmente sociológicas o políticas, para dar cuenta del comportamiento electoral en formar muy particulares y no de manera sistemática.

Conclusiones

En este trabajo constatamos el rezago de los estudios del comportamiento electoral en Bolivia, sobre la base de un material académico al cual tuvimos acceso. Este nos permitió definir que dicho rezago obedecería al desconocimiento u omisión de las teorías del

comportamiento electoral, al monopolio explicativo de los estudios de geografía electoral y a la existencia de unos estudios que explican el voto a partir de macroteorías.

Es posible que se rezago obedezca a: a) la falta de disponibilidad de recursos, fundamentalmente informativos, que repercute en una falta de interés por desarrollar la disciplina del comportamiento electoral. Aunque el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS) y FUNDEMOS (1998, 1997, 2002) han tratado de apoyar la disciplina, éstos producen meros informes electorales; b) la falta de institutos de investigación, y una especie de “fobia” a las teorías norteamericanas; c) como síntoma de la pobreza, el celo que hacia las fuentes informativas tienen algunas empresas encargadas de estudiar la opinión pública, como Encuestas y Estudios, y que hacen de ellas un bien comercial inaccesible.

Bibliografía

Aldrich, John (1993, febrero). “Rational Choice and Turnout”. *American Journal of Political Science*, 37: 1, 246-278.

Aldrich, John; Lupia, Arthur (2010). “Formal Modeling, Strategic Behavior, and the Study of American Elections”. En Jan Leighley (Ed.), *The Oxford Handbook of American Elections and Political Behavior* (pp. 89-104). Oxford: Oxford University Press.

Anduiza, Eva; Bosch, Agustí (2003). *Comportamiento político y electoral*. Barcelona: Ariel.

Babbie, Earl (2010). *The Practice of Social Research*. Belmont: Wadsworth.

Balderas, Rita (2012). “Génesis de la geografía electoral”. *Espacialidades. Revista de temas contemporáneos sobre lugares, política y cultura*, 2: 1, 80-95.

Berelson, Bernard; Lazarsfeld, Paul; McPhee, William (1986). *Voting. A Study of Opinion Formation in a Presidential Campaign*. Chicago: Chicago University Press.

Bevir, Mark (2008). "Meta-Methodology: Clearing the Underbrush". En Janet Box-Steffensmeier, Henry Brady y David Collier (Eds.), *The Oxford Handbook of Political Methodology* (48-70). New York: Oxford University Press.

Box-Steffensmeier, Janet; Brady, Henry; Collier, David (Eds.) (2008). "Political Science Methodology". En *The Oxford Handbook of Political Methodology* (pp. 3-34). New York: Oxford University Press.

Campbell, Angus; Converse, Philip; Miller, Warren; Stokes, Donald (1965). *The American Voter*. Michigan: Survey Research Center/University of Michigan.

Campbell, Angus; Gurin, Gerard; Miller, Warren (1954). *The voter decides*. New York: Harper y Row.

Castro, Constanancio de (1998). *Geografía de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Converse, Philip (1976). *The Dynamics of Party Support: Cohort Analyzing Party Identification*. Beverly Hills: Sage.

Curtice, James (2002). "The State of Election Studies: Mid-Life Crisis or New Youth?". *Electoral Studies*, 21: 2, 161-168.

De la O, Ana (2015). "How Governmental Corruption Breeds Clientelism". En Jorge Dominguez, Keneth Greene, Chappell Lawson y Alejandro Moreno (Eds.), *Mexico's Evolving Democracy: A Comparative Study of the 2012 Elections* (200-226). Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Declercq, Eugene; Hurley, Thomas; Luttbeg, Norman (1975). "Voting in American presidential elections: 1956-1972". *American Politics Quarterly*, 3: 3, 222-243.

Downs, Anthony (1957). *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper Collins.

Ekehammar, Bo; Nilsson, Ingrid; Sidanius, Jim (1989). "Social Attitudes and Social Status: A Multivariate and Multinational Analysis". *Personality and Individual Differences*, 10: 2, 203-208.

Eldersveld, Samuel (1951, febrero). "Theory and method in voting behavior research". *Journal of Politics*, 13: 1, 70-87.

Fiorina, Morris (1997). "Voting Behavior". En Dennis Mueller (Ed.) *Perspectives on Public Choice*, (pp. 391-414). Cambridge: Cambridge University Press.

Fiorina, Morris (1978, mayo). "Economic Retrospective Voting in American National Elections: A Micro-Analysis". *American Journal of Political Science*, 22: 2, 426-443.

Glenn, Norval (1973). "Class and party support in the United States: Recent and emerging trends". *Public Opinion Quarterly*, 37: 1, 1-20.

González, Manuel; Darias, Maximina (1989). "Predicción de la conducta de voto. Personalidad y factores sociopolíticos". *Psicología Política*, 17, 45-78.

Good, Phillip; Hardyn, James (2009). *Common Errors in Statistics (and How to Avoid them)*. New Jersey: John Wiley and Sons Inc.

Harder, Joshua; Krosnick, Jon (2008). "Why Do People Vote? A Psychological Analysis of the Causes of Voter Turnout". *Journal of Social Issues*, 64: 3, 525-549.

Hart, Austin (2013, octubre) "Can Candidates Activate or Deactivate the Economic Vote? Evidence from Two Mexican Elections". *The Journal of Politics*, 75: 4, 1051-1063.

Hedström, Peter (2008). "Studying Mechanisms to Strengthen Causal Inferences in

Quantitative Research”. En Janet Box-Steffensmeier, Henry Brady y David Collier (Eds.), *The Oxford Handbook of Political Methodology* (pp. 319-337). New York: Oxford University Press.

Johnston, Ron; Pattie, Charles; Rossiter, David (2005). “The Election Results in the UK Regions”. *Parliamentary Affairs*, 58: 4, 786-801.

Knight, Kathleen; Marsh, Michael (2002, junio). “Varieties of Election Studies”. *Electoral Studies*, 21: 2, 169-187.

Klesner, Joseph (2012). “Regionalism in Mexican Electoral Politics”. En Roderic Ai Camp (Ed.), *Oxford Handbook of Mexican Politics* (pp. 622-646). New York: Oxford University Press.

Lagroye, Jacques (1990). *Sociología política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lazarsfeld, Paul; Berelson, Bernard; Gaudet, Hazel (1960). *El pueblo elige. Estudio del proceso de formación del voto durante una campaña presidencial*. Buenos Aires: ediciones 3.

Leib, Jonathan; Quinton, Nicholas (Eds.) (2016a) *Revitalizing Electoral Geography*. New York: Routledge.

Leib, Jonathan; Quinton, Nicholas (Eds.) (2016b). “On the Shores of the ‘Moribund Backwater’?: Trends in Electoral Geography Research Since 1990”. En *Revitalizing Electoral Geography* (pp. 9-30). New York: Routledge.

Leighley, Jan (Ed.) (2010). “Introduction”. En *The Oxford Handbook of American Elections and Political Behavior* (3-8), Oxford: Oxford University Press.

Lewis-Beck, Michael; Jacoby, William; Norpoth, Helmut; Weisberg, Herbert (2008). *The*

American Voter Revisited. Michigan: The University of Michigan Press.

Mckelvey, Richar; Ordeshook, Peter (1986, noviembre). “Information, Electoral Equilibria and the Democratic Ideal”. *Journal of Politics*, 48: 4, 909-937.

Medus. Norma (2005). “La geografía electoral en la historia de la ciencia geográfica”. En *Anuario*, n° 7, Facultad de Ciencias Humanas (pp. 15-32). Santa Rosa: universidad Nacional de La Pampa.

Miller, Warren; Shanks, Merrill (1996) *The New American Voter*. Cambridge: Harvard University.

Mohd, Mansor; Azlina, Abdullah; Mohd, Ismail (2016). “Voting Behaviour in Malaysia: Locating the Sociological Determinants of Ethnicity, Middle Classes and Development Gains”. *World Applied Sciences Journal*, 34: 6, 805-812.

Molinar, Juan (1990). “Geografía electoral”. En Carlos Martínez Assad (Coord.) *Balance y perspectivas de los estudios regionales en México* (pp. 429-450). México: UNAM/Porrúa.

Morton, Rebecca; Williams, Kenneth (2008). “Experimentation in Political Science”. En Janet Box-Steffensmeier, Henry Brady y David Collier (Eds.), *The Oxford Handbook of Political Methodology* (339-356). New York: Oxford University.

Munck, Gerardo (2007). “The Past and Present of Comparative Politics”. En Gerardo Munck y Richard Snyder (Eds.) *Passion, Craft, and Method in Comparative Politics* (pp. 32-62). Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Palma, Esperanza (2010). “La importancia del espacio en el estudio de los partidos”. En Alejandro Mercado (Coord.), *Reflexiones sobre el espacio en las Ciencias Sociales: Enfoques, problemas y líneas de investigación* (pp. 25-46). México: UAM Cuajimalpa-Juan Pablos.

Perrinau, Pascal (1996). *L' electorat du front nacional: permanences et nouveautés*. Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials, Working Paper N° 20.

Peterson, Steven (1990). *Political Behavior*. Londres: Sage.

Riker, William (1997). "The Ferment of the 1950's and the Development of Rational Choice Theory". En Kristen Renwick (Ed.) *Contemporary Empirical Political Theory* (pp. 191-201). Los Angeles: University of California Press.

Vilalta, Carlos (2008, septiembre-diciembre). "¿Se pueden predecir geográficamente los resultados electorales? Una aplicación del análisis de clústers y outliers espaciales". *Estudios Demográficos y Urbanos*, 23: 3, 571-613.

Vilalta, Carlos (2006, enero-abril). "Sobre la espacialidad de los procesos electorales y una comparación entre las técnicas de regression OLS y SAM". *Estudios Demográficos y Urbanos*, 21: 1, 83-122.

Vilalta, Carlos (2005, mayo-agosto). "Cómo enseñar autocorrelación espacial". *Economía, Sociedad y Territorio*, 18, 323-333.

Visser, Max (1994). "The Psychology of Voting Action: On the Psychological Origins of Electoral Research, 1939-1064". *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 30, 43-52.

Warf, Barney y Jonathan Leib (2016). "Introduction". En Jonathan Leib y Nicholas Quinton (Eds.), *Revitalizing Electoral Geography* (pp. 3-8). New York: Routledge.